

Stoa,
Vol. 1, No. 1, 2010, pp. 37–45.
ISSN en trámite.

CHARLES SANDERS PEIRCE: MI MANERA DE HACER FILOSOFÍA

DARIN MCNABB
Instituto de Filosofía
Universidad Veracruzana
soydarin@yahoo.com

RESUMEN: En 1903 C. S. Peirce dio una conferencia en Harvard en la que había preparado una breve pero muy detallada descripción de su modo de reflexionar sobre una cuestión filosófica. Se incluye aquí una traducción de esta descripción y a continuación un comentario. La obra de Peirce está repleta de ideas muy valiosas, y aun cuando este pasaje no plantee ninguna teoría o argumento, se considera sumamente valioso por la actitud que manifiesta ante el que hacer no sólo del filósofo sino de cualquier intelectual. En nuestra época de post-todo, el pensamiento se ha vuelto demasiado fácil, literario, irónico —la expresión del gusto de cada quien por el particular “ismo” en el que se ha encerrado. Se espera que estas palabras de Peirce nos inspiren a volver al pensamiento con la seriedad que merece.

PALABRAS CLAVE: Investigación, gusto, ciencia, método a priori, verdad.

SUMMARY: In 1903 C. S. Peirce gave a conference at Harvard for which he had prepared a brief but very detailed description of his way of thinking about philosophical questions. Included here is a translation of this description as well as a short commentary. Peirce’s work is full of many valuable ideas, and although this passage does not propose any theory or argument, it is of great value with regard to the attitude expressed concerning the responsibility not only of philosophers but of any intellectual. In our time of post-everything, thinking has become too easy, literary, ironic — the expression of each one’s taste for the particular “ism” in which one has enclosed him or herself. It is hoped that these words of Peirce will inspire us to return to thought with the seriousness which it deserves.

KEY WORDS: Research, taste, science, a priori method, truth.

1. Introducción

En 1903, Charles Sanders Peirce dio una serie de siete conferencias en la Universidad de Harvard. Versan sobre temas tan diversos como la fenomenología, su sistema de categorías, la metafísica, las ciencias normativas, la naturaleza del significado, y la abducción, pero el tema global en el trasfondo de todo es el pragmatismo y su intento, en esta serie, de justificarlo y distinguirlo de otras versiones populares en su tiempo. La quinta de estas conferencias se llama “Las tres ciencias normativas” (Pearce 1998a). El manuscrito que había preparado contenía, a modo de prólogo, una descripción de su manera de proceder al pensar sobre una cuestión filosófica. El día de la conferencia decidió, por cuestiones de tiempo, omitir la lectura de esta parte. Lo que discutió sobre las ciencias normativas sigue teniendo, a más de cien años, mucha vigencia, pero creo que lo que omitió es también de mucho valor. A continuación se encuentra mi traducción de esta breve reflexión y, posteriormente, unos comentarios míos en torno a ella.

2. Mi manera de hacer filosofía¹

Damas y Caballeros:

Les puede resultar útil una descripción de cómo me pongo a estudiar filosofía. Me limitaré a un mero esbozo del procedimiento sin entrar en detalles. Casi siempre trabajo con una pluma en la mano y, aunque pasos importantes se toman cuando estoy lejos del escritorio, los anoto de inmediato. Una cuestión dada de filosofía surge para la discusión, no importa cómo. Empiezo al escribir un cotejo sobre ella. Es decir, empiezo al asentar brevemente, aunque de forma suficiente y tan formal como sea posible, todos los argumentos que he visto usados por un lado de la cuestión, o que me parece que probablemente se usarían por ese lado; y luego hago lo mismo para el otro lado. Procedo a refutar todos aquellos argumentos que admiten una refutación fácil. A continuación, sin entrar en los méritos del caso, hago una lista de los métodos generales en los que una solución del problema podría buscarse. Si algunos de ellos me parecen bastante fútiles, elaboro breve y formalmente las razones para dicha futilidad. Uno de los métodos me parecerá como el que debe ser decisivo y

¹ Traducción del inglés de Darin McNabb.

con mucho cuidado asiento la razón de por qué, aunque mientras tanto estoy alerta a circunstancias especiales que podrían anular esta razón. Puede ser que otros métodos tengan, a mi parecer, una utilidad secundaria por lo que asiento también las razones para ello y para mi estimación de hasta donde y en que ámbito esos métodos son valiosos. Busco objeciones a todas estas razones y si alguna me resulta considerable la asiento formalmente y la refuto. Pero, si en el curso de esta parte de la discusión, o en una etapa posterior, resulta que el asunto en cuestión depende de otro que jamás he sometido a un examen sistemático o concerniente al cual, desde la última vez que lo examiné, se ha encontrado alguna razón significativa para dudar de él, dejo de lado el primer asunto hasta que esta otra cuestión haya sido resuelta, aun cuando provisionalmente, en mi mente. Si ninguna interrupción de este tipo tiene lugar, tomo primero el método principal y posteriormente los métodos subsidiarios y secundarios y los aplico con el escrutinio crítico más severo de lo que soy capaz, siempre asentando, de manera breve y formal pero suficiente, todos los pasos de la argumentación, y eliminando todas las objeciones o por asentimiento o por refutación. De la misma manera elimino todos los argumentos que aún no han sido eliminados. Con este cotejo elaborado, lo estudio con un cuidado minucioso para detectar escapatorias, y a veces le hago enmiendas de forma más o menos radical, aun dando la cuestión misma un giro nuevo y más amplio, y esto lo hago incluso tres o cuatro veces antes de estar satisfecho con la discusión. Luego, guardo el escrito y descarta el asunto de mi mente. A veces lo hago por desesperar poder arrojar una luz clara sobre el tema; pues, en mi experiencia, si uno no tiene semejante luz a la mano entonces es poco útil seguir pensando tan duro. No hay nada que hacer salvo esperar a que venga la luz desde alguna otra fuente. Pero aun cuando, a primera vista, mi discusión me resulta en efecto satisfactoria, sin embargo, mi experiencia de mi propia estupidez es tal que siempre murmuro a mi mismo, “Bueno, entonces, sólo tienes que mantenerte paciente y la insuficiencia de tus ideas actuales se manifestará claramente en su debido tiempo.” De hecho, tras un largo tiempo, alguna cosa u otra arroja una nueva luz sobre la vieja cuestión, y muy a menudo encuentro que, por mucho que me esforcé en escudriñar los argumentos previos, he cometido alguna estupidez horrible. Por fin, mis ideas parecen lo suficientemente maduras como para ordenarlas nuevamente; y hago un segundo cotejo

de la cuestión sin hacer caso de la primera sino tratando de proceder como si la cuestión fuera nueva. Este segundo cotejo se elabora tal como se elaboró el primero; sólo que cuando lo termino saco la primera y comparo las dos con una crítica minuciosa, con respecto tanto en los puntos en que difieren como en los que coinciden. Me puede parecer mejor que el asunto pase a un tercer cotejo, pero las más de las veces considero que ya estoy bien encaminado; o, en todo caso, que todo lo que puede hacerse al respecto se ha hecho. Grabo las consideraciones cardinales en mi mente, y quizá anoto cualquier cosa que sea difícil de recordar con exactitud; y luego considero toda la labor hecha hasta ahora como un mero ejercicio carente de valor, salvo en las partes que me han impresionado. Ahora, sólo queda tratar mi concepción del problema como un pequeño árbol, que debe tener agua, nutrimentos, luz del sol, sombra, aire, y un frecuente remover de la tierra alrededor suyo, para que crezca a ser algo merecedor de respeto. Estas operaciones las llevo a cabo también, pluma en la mano, con intervalos para digerirlas; y al elaborar nuevos enunciados a intervalos irregulares según el estado de mis reflexiones, siendo probablemente un año en duración en promedio, empiezo a sentir, tras haber elaborado de medio docena a una docena de estos, que he llevado la discusión tan lejos como probablemente puede hacerlo. No hay ningún punto lógico en estas conferencias que les presento, por ejemplo, por pequeño que sea, que no se haya sometido a al menos cuatro digestiones semejantes, y la mayoría de ellos a una docena o más.

Eso, caballeros, es mi manera de filosofar, en la cual he aprendido depositar mucha confianza. La expresión “tan veloz como el pensamiento” debería cobrar para ustedes un nuevo significado al aplicarse a mi pensamiento. Se vuelve equivalente a “tan ágil como (a *slime-mould*)”. Cualquiera que sabe cómo pienso, como yo mismo sé, ha de ser impresionado por mi tremenda estupidez. Pero, afortunadamente, soy capaz de una gran cantidad de trabajo pesado, y nunca pierdo la confianza de que, tarde o temprano, cumpliré cualquier tarea intelectual que me propongo, a condición de que viva lo suficiente. En este sentido serviré como modelo para jóvenes filósofos.

Pero lo que en particular quería señalar al hablar de mi manera de filosofar era que más que nada es minuciosa. Sin duda, intento generalizar hasta donde encuentro apoyo para la generalización; pero dependo del cuidado meticulo-

so con el que escudriño todos y cada uno de los puntos. Lo que comúnmente llaman “amplitud de tratamiento” de cuestiones filosóficas es el aborrecimiento de mi alma. Mi análisis es tan detallado y minucioso que sería imposible en estas conferencias darles algún ejemplo de ello. La verdad, no puedo hacer más que enunciar algunas de las conclusiones principales a las que he sido conducido, señalando muy por encima la naturaleza de los argumentos por los que he sido llevado a ellas, especialmente dado que no puedo suponer que tengan alguna familiaridad con la lógica real del pensamiento moderno tal como la concibo yo. Aunque es cierto que guardo la más cálida admiración por los grandes metafísicos y psicólogos de esta universidad, quienes cuentan entre los líderes mundiales en sus campos, no puedo evitar pensar que es profundamente lamentable que la atención que aquí se presta a la verdadera lógica moderna, exacta y no-psicológica, que debería formar el trasfondo de una educación liberal, es tan insuficiente que pasa totalmente desapercibida. Con el transcurso del tiempo, las consecuencias de esta negligencia serán de lo más graves.

Volviendo a mi tratamiento necesariamente superficial del tema en esta serie de conferencias, confío que no me entenderán tan profundamente mal como para suponer que pediría que aceptaran cualquier proposición de la lógica sólo porque yo lo digo. Eso, de hecho, sería imposible, ya que uno no sabe lo que significa la proposición lógica hasta plenamente comprender los argumentos a su favor. Pero mi objetivo en describir mi manera de filosofar ha sido principalmente el de mostrarles que si parece que trato estas cuestiones en lo que se llama “una forma amplia”, eso es meramente el efecto de la extrema compresión que es necesaria, y también de advertirles que las proposiciones que no logro apoyar del todo, si no son tan verdaderas como yo sostengo, al menos son cuestiones que merecen un estudio cuidadoso, y no debería suponerse que sean tan superficialmente adoptadas como ha de parecerse por la manera en que aquí me veo obligado a tratarlas.

3. Comentario a la traducción

La lectura de este pasaje es, al menos para mí, una experiencia en cultivar la humildad. Soy académico profesional con plaza de tiempo completo como investigador, un lujo por cierto que Peirce nunca gozó. He publicado artículos y

ensayos en diversos libros y revistas dentro y fuera de México, pero ninguno de ellos fue elaborado, ni remotamente, de la forma articulada aquí por Peirce. Mi forma de trabajar en filosofía (y, aunque sólo puedo hablar de mí mismo, me atrevería a incluir en esta estimación muchísima gente más) se parece mucho a un método para la fijación de la creencia que Peirce menciona en un escrito epónimo.² Entre los cuatro métodos que trata ahí se halla el ‘método a priori’, un método que consiste en la adopción de creencias que resultan ser “agradables a la razón”. No son creencias que necesariamente concuerdan con la experiencia sino “aquellas que nos encontramos inclinados a creer”. Este inclinación, o gusto, lo asumimos por motivos no estrictamente lógicos o argumentativos y determina en buena medida nuestra adopción de creencias más particulares. Dice Peirce, “Esto hace que la investigación sea algo semejante al desarrollo del gusto; pero el gusto, desafortunadamente, siempre es más o menos una cuestión de moda, y por consiguiente los metafísicos nunca han llegado a un acuerdo fijo, sino que el péndulo ha oscilado hacia un lado y luego el otro entre una filosofía más materialista y una más espiritual, desde las primeras épocas hasta el presente (ibídem, p. 119).

Llámesese paradigma, horizonte, cosmovisión, decidimos habitar uno de ellos y nuestro trabajo de ahí en adelante consiste en promoverlo, interpretar todo en términos de él, y más que nada criticar los que no lo comparten. Asistir a un congreso de filosofía pone en evidencia la batalla de cosmovisiones, o más bien de las personalidades que las defienden, y deja, al menos para mí, un muy mal sabor en la boca. En más que una ocasión he pensado qué genial sería que uno de esos congresos fuera como un congreso internacional sobre el SIDA donde investigadores de todos lados llegan a compartir los resultados de sus investigaciones en aras de encontrar una cura. Los científicos ciertamente tienen egos inflados y los resultados experimentales se ajustan para que coincidan con ideas preconcebidas, pero en general los investigadores que participan están todos animados por el mismo fin y colaboran para que éste se logre.

Ahora bien, ¿qué sería ese fin en el campo de la investigación filosófica? ¿La verdad? Parece muy ingenuo decirlo en estos tiempos posmodernos, pero es precisamente por eso que este pasaje de Peirce llama la atención, porque

² “The Fixation of Belief” (Pearce 1992).

toma en serio la filosofía como disciplina y su capacidad de alcanzar resultados que no sean el reflejo de un mero gusto caprichoso. Quizá nos parezca ingenua esta idea de buscar la verdad o de ser medianamente objetivos en nuestros razonamientos porque implica un trabajo muy duro que requiere de paciencia. El mero hecho de elaborar un cotejo de todo los argumentos en pro y en contra de una cuestión sería mucha ganancia, pero las más de las veces si consideramos un argumento distinto al nuestro lo hacemos para tener un enemigo, hecho cómodamente a la medida, contra el cual nuestro héroe puede luchar y salir vencedor. ¿Quién tomaría la molestia de elaborar todo lo que Peirce describe arriba si se acerca a una cuestión sin duda alguna sobre la corrección de su posición? Otro punto atractivo de este pasaje es que Peirce reconoce, socráticamente, su propia estupidez. Seguramente, nunca llegaba a una cuestión en blanco, sin opinión o prejuicio alguno, pero con este método procuraba que sus prejuicios distorsionaran lo menos posible el resultado.

A lo largo de sus escritos la certeza cartesiana no se encuentra en ninguna parte como meta de la investigación. Más bien insiste Peirce desde un principio que el conocimiento es falible y puede cambiar. Conocía la historia de las ideas muy bien y era consciente de cómo ideas sostenidas por grandes intelectos cambiaban en el transcurso del tiempo y la experiencia. Reconocía su talento por la investigación pero no se eximía para nada de la posibilidad de equivocarse. Así que, cuando se ponía a reflexionar sobre una cuestión, realmente buscaba una manera de terminar con la opinión, argumento o creencia que más probablemente no cambiaría con el tiempo y la experiencia. Tales creencias van dándose y sedimentándose sobre el tiempo como productos de un proceso a largo plazo de comunicación entre una comunidad muy amplia de investigadores.

Volviendo a su escrito sobre la fijación de la creencia, el método que caracteriza esta colaboración de pensamiento no es el gusto acrítico del método a priori sino el método de la ciencia, el cual supone la hipótesis de una realidad indiferente a los caprichos idiosincráticos de un individuo o de la cultura de una época dada. El método científico, unido con el criterio pragmático, y trabajado, aplicado y discutido entre muchos investigadores va entresacando las creencias que no aguantan la prueba del tiempo. Es el espíritu de este método lo que vemos plasmado líneas arriba en la descripción que hace de su

proceder filosófico. La comunidad de investigadores es de suma importancia en la filosofía de Peirce porque la multiplicidad de puntos de vista y argumentos tiene el efecto de depurar lo puramente idiosincrático en las creencias. Peirce podría simplemente agarrar una creencia, argumentarla y circularla en la comunidad con la confianza de que si no vale será eliminada, pero su exigencia intelectual le obliga a, por así decirlo, recrear en su propio entorno mental una comunidad de investigadores, una multiplicidad de puntos de vista y opiniones interactuándose entre sí hasta quedar uno solo. La integridad intelectual de hacerlo es lo que impresiona a uno. Pero al mismo tiempo nos parece extraña la descripción porque parece que Peirce lleva a cabo su reflexión en un entorno de laboratorio, casi como si fuera un científico. De hecho dice:

En mi opinión, la actual condición infantil de la filosofía,—pues en la medida en que estudiosos de ella, serios e industriosos, sean incapaces de llegar a un acuerdo sobre apenas un solo principio, no veo cómo puede considerarse de otra forma que no sea en su infancia—, se debe al hecho de que durante este siglo ha sido practicada principalmente por hombres que no se han formado en salas de disección y otros laboratorios, y que consecuentemente no han sido animados por el verdadero Eros científico, sino que, al contrario, han provenido de seminarios teológicos y que, consiguientemente, han sido avivados por un deseo de mejorar las vidas de ellos mismos y las de otros, un espíritu que es, sin duda, más importante que el amor por la ciencia, para hombres en situaciones promedias, pero que no les habilita en absoluto para la tarea de la investigación científica. (Pearce 1998a, p. 29)

Es importante entender que cuando Peirce habla de la actividad filosófica en términos de la ciencia, no está defendiendo un positivismo burdo. Aun cuando la máxima pragmática tiene en su mira ideas y conceptos sin consecuencia alguna en la experiencia posible, no es la intención de Peirce reducir todo a percepciones sensoriales y enunciados de las mismas que pueden ser verificados o no. A diferencia de los positivistas, Peirce insiste en la gran necesidad de la metafísica en filosofía y también insiste que el conocimiento jamás se puede verificar sino sólo falsificar (como Popper posteriormente esclareció).

Proceder científicamente en filosofía significa dos cosas básicas para Peirce: 1) suponer que la realidad que se investiga tenga cierta forma de ser que es indiferente a los deseos, caprichos o gustos de cualquier individuo o colección finita de individuos, o sea que el mundo que tratamos de entender tenga algo

que enseñarnos, que nuestro entendimiento sea corregible, y 2) proponer hipótesis para la explicación de fenómenos, deducir las consecuencias de ellas que se esperaría encontrar en la experiencia, y luego probarlas en la experiencia misma. Esto no es más que las formas inferenciales de la abducción, la deducción, y la inducción. En todas estas inferencias, insiste Peirce, hay que aplicar la máxima pragmática para que nuestras ideas y sus consecuencias sean de lo más claras posibles y para asegurar que se relacionen con la experiencia posible. Para terminar, y para recalcar, está descripción de cómo Peirce hace filosofía asombra por la seriedad con la que toma su trabajo y el alcance de la filosofía como disciplina. Por bizantino, complejo, y trabajoso que nos parezca, lo que brilla no solamente de esta descripción sino de su obra en general es el espíritu de un científico, de un amante del conocimiento. Más importante quizá que un método estricto de laboratorio es cierta motivación que me atrevería llamar casi religiosa, una fe que puede caracterizarse en unas últimas palabras de Peirce que cito:

La investigación de todo tipo, llevada completamente a cabo, consta del poder vital de la auto-corrección y del crecimiento. Ésta es una propiedad que tan profundamente satura su naturaleza más honda que se podría decir verdaderamente que hay una sola cosa necesaria para aprender la verdad, y eso es un deseo robusto y activo de aprender lo que es verdadero. Si realmente quiere usted aprender la verdad, sin duda será conducido, por tortuoso que sea el trayecto, al camino de la verdad a fin de cuentas. (*Collected Papers*, vol. 5, §582)

Referencias

- Hartshorne C. y P. Weiss (comps.), 1931-1935, *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, 6 vols., Belknap Press, Cambridge, Mass.
- Houser, N. (comp.), 1992, *The Essential Peirce*, vol. 1, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis.
- Houser N. y C. Kloesel (comps.), 1998, *The Essential Peirce*, vol. 2, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis.
- Peirce, C.S., 1998a, "The Three Normative Sciences", en Houser y Kloesel, pp. 196-207.
- , 1998b, "Philosophy and the Conduct of Life", en Houser y Kloesel, 1998, pp. 27-41.
- , 1992, "The Fixation of Belief", en Houser 1992, pp. 109-123).